

*Pitos, chalecos, una jueza que atiende en la comisaría y la Policía como nuevo aliado: un distrito quiere reducir sus índices de criminalidad y devolver la seguridad a sus calles. Para ello recurre a métodos poco ortodoxos. Algunas escenas desde Chilca, Huancayo, donde el Área de Seguridad Ciudadana del IDL acompaña un proyecto piloto.*

# Rondando en Chilca

hildegard  
willer

La nueva ocupación de un grupo de pobladores de Chilca, ciudad de Huancayo, es rondar de noche por su barrio. Y no porque el médico les haya prescrito algo de ejercicio al aire libre (aunque sin duda no se opondrían a tal receta), sino porque quieren recuperar las calles de su distrito para la gente bien intencionada: que nadie 'cuadre' a nadie para robarle la cartera, que nadie se emborrache tanto como para agarrarse a cuchillazos con sus compañeros de tragos o con cualquier eventual caminante.

Un lunes a las 10 de la noche, unos veinte habitantes de Chilca se aparecen en la comisaría envueltos en mantas contra el frío serrano y con un chaleco verde que dice "Vigilancia Ciudadana". Armados con pitos y acompañados por unos policías uniformados, se ponen en camino. Hasta la jueza del distrito ha cambiado su conjunto y los tacones por unos jeans, zapatillas y un

poncho para acompañar la ronda.

La mayoría de los ronderos son mujeres, amas de casa que están hartas de que su distrito siga teniendo el estigma de "barrio peligroso", pero más preocupadas aún por el ambiente en el que deben criar a sus hijos.

Hoy es el turno de Ocopilla, barrio colindante con la ciudad de Huancayo y, así dicen, especialmente inseguro. Las calles sin asfaltar de Ocopilla están completamente vacías; solo los perros merodean al grupo humano que se pasea por el lugar. Cuando Verónica, la coordinadora de las Juntas Vecinales de Chilca, toca el pito, algunos pobladores se acercan a sus ventanas para ver quiénes están pasando. Ningún ladrón, ningún borracho en la calle esa noche. Todo tranquilo.

Hasta que llegamos a una bodega donde varios jóvenes

holgazanean ante una máquina de juego. "¿Y tú por qué no estás en tu casa?", le pregunta la abuela rondera a un chico vestido con uniforme escolar. El chico rechina alguna resistencia, pero, ante tamaña autoridad, prefiere largarse. No



*Escolares brigadistas.*



Con un Comité del Vaso de Leche.

sabemos dónde: si a su casa o solo a la otra esquina. Pero la abuela se ve contenta: misión cumplida.

\*\*\*

"Chilca era para Huancayo lo que el Callao para Lima", comenta el capitán PNP Mario Sánchez Carrera, comisario del mismo barrio. Según una encuesta realizada en enero de este año por IDL entre la población de Chilca, casi 70 por ciento dijo sentirse muy o algo inseguro cuando camina de noche por su barrio. El 37,6 por ciento indicó haber sido víctima de un robo en los últimos seis meses. Y el 63,6 por ciento percibía que la delincuencia había aumentado en el barrio.

Las respuestas confirman lo que nos dice un taxista que conoce muy bien Huancayo: "No es un distrito muy seguro". "Todo esto podría ser cosa del pasado", dice el capitán Mario Sánchez, y atribuye la mejora al nuevo pacto entre la Policía y la población. Los policías salen a las calles en patrullajes

mixtos con las Juntas Vecinales, van a los colegios a dar charlas y coordinan con la municipalidad. Todo esto, dice el comisario, ha permitido la reducción de delitos como hurtos simples respecto de los indicadores del año pasado.

Uno de los problemas más graves del distrito es el alcoholismo. Y no se trata solo de un problema individual, sino que ha cobrado dimensión social: jóvenes en estado de ebriedad causan daños materiales, agreden a otros o roban para poder comprar licor. Hay en el distrito veinticinco pandillas de jóvenes, muchachos que no estudian y no encuentran trabajo.

Chilca es un distrito pobre en el que habita un 70 por ciento de desplazados por la violencia que han venido de Huancavelica y Ayacucho. Pero ¿esa condición de pobreza debe hacer de él necesariamente un distrito inseguro?

\*\*\*

En la vereda del local del Vaso

de Leche esperan unas veinte madres a que se les dé su ración mensual de leche y cereales. La mayoría de ellas cargan uno o dos bebés y pasan el tiempo de espera tejiendo bolsitas y zapatos para algún comerciante de artesanía. Cuando se les pregunta si han sido víctimas de algún robo, no paran de contar sus experiencias, propias o ajenas, que casi siempre terminan con un culpable que, sorprendentemente, no es el ladrón sino un policía. "Ellos han dejado libre al asesino de mi primo", exclama una de ellas. Y siguen las denuncias por corrupción: que en la discoteca ilegal de la esquina los policías vendrían a cobrar su *coima*, etcétera, etcétera.

Los reclamos de las madres expresan su indignación, pero también tienen algo de una cantaleta aprendida desde antaño, como esas leyendas urbanas que una vez que se ponen en circulación resulta casi imposible verificar su autenticidad: la leyenda urbana del barrio peligroso y de la Policía como cómplice de los delincuentes.

"¿Y por qué no denuncian al policía corrupto?", les pregunta el oficial que nos acompaña. Las mujeres primero callan, hasta que una de ellas se atreve a responder: "Si lo denuncio, me piden bastantes requisitos; es muy complicado".

Casi todas las mujeres dicen que tienen miedo de salir de noche a la calle, sobre todo por la gran cantidad de bares clandestinos y chinganas que

atraen la delincuencia. "¿Y acaso el municipio no acaba de cerrar 48 casas de videojuegos y bares en el transcurso del año?", devolvemos la pregunta. Una señora estalla en risa: "Sí, los han cerrado, pero un mes después han vuelto a abrir al otro costado".

En Chilca la delincuencia se mezcla con la cultura de la informalidad: aquí no existe el crimen organizado, como el narcotráfico o el contrabando; aquí la delincuencia y el sentimiento de inseguridad se nutren de la informalidad cotidiana: bares clandestinos, camales informales, talleres que fabrican ropa *bamba*. Y nadie cree que estos últimos estén cometiendo un delito.

\*\*\*

Silvia Amparo Dionisio, jueza de paz letrada de Chilca, ha mudado su despacho del Poder Judicial a la comisaría de

Chilca. Es una de las primeras experiencias en el país en la que la representante del Poder Judicial atiende en la comisaría. ¿Por qué?

Lo que antes eran dos trámites distintos, la denuncia y la sentencia o conciliación, está ahora en manos de la misma persona. Así se acelera el trámite: la sentencia se da a las veinticuatro horas. Además, es una medida que se tomó para estar más cerca de la ciudadanía, acostumbrada a acudir a la comisaría para asentar sus denuncias. Este es un paso concreto en el que la necesidad de los ciudadanos se impuso a la burocracia y las idiosincrasias tradicionales de las instituciones involucradas, el Poder Judicial y la PNP.

Hoy le toca a la jueza Silvia atender la denuncia de una pareja de mayores contra el hijo de un vecino que habría

entrado en su propiedad en estado de ebriedad y dañado las láminas de eternit. El joven citado ante la jueza dice no recordar nada de aquella noche, pero admite el daño y se compromete a reponerlo. Las dos partes involucradas firman el acta de conciliación en presencia de la jueza. Así de rápido y fácil se pueden hacer los trámites.

En otras ocasiones, cuando no es posible una conciliación, la jueza puede imponer sanciones como un servicio de trabajo comunal a jóvenes cuyas faltas, según la ley, no justifican su encarcelamiento. Son justamente estos casos de delitos menores no sancionados los que suelen provocar en la ciudadanía ese sentimiento de impotencia y de rechazo a la Policía: la gente captura al joven ratero, lo entrega en la comisaría y después se entera de que no fue sancionado.



La jueza de paz en acto de conciliación en su despacho en la comisaría.

## Un paso concreto y fácil de realizar, como el despacho de la jueza dentro de la comisaría, se traduce en un beneficio para la comunidad.

La doctora Silvia atiende todo tipo de faltas, desde daños materiales hasta peleas por deudas. Como aquella entre un chofer de taxi y la dueña del auto. El taxista no habría pagado su gasolina, reclama la señora. El chofer trata de defenderse, pero le faltan argumentos. Con un acta de conciliación asiente en devolver el dinero en el tiempo acordado, y los dos pendencieros salen de la oficina de la jueza, no digamos reconciliados, pero sí con los ánimos más apaciguados. Así, un paso concreto y fácil de realizar, como el despacho de la jueza dentro de la comisaría, se traduce en un beneficio para la comunidad.

\*\*\*

El primer aliado de la Policía para mejorar la seguridad en el distrito es la alcaldesa. Betty Chamorro, ese es su nombre, es joven, dinámica, bonita, hermana de un congresista y además soltera. *La Señorita*: así la llaman en la municipalidad. Y el tono con el que los trabajadores de su municipalidad se refieren a ella denota que no le hace falta el título de "doctora" o "ingeniera" para hacerse respetar.

*La Señorita* hace lo que su pueblo espera de ella: obras. El almanaque de la Municipalidad

de Chilca muestra una por mes: losas deportivas y calles pavimentadas. Con la construcción de estadios deportivos la alcaldesa pretende alejar a los jóvenes del distrito de ejercicios menos sanos que un partido de fulbito; las calles pavimentadas, y sobre todo el alumbrado público, distraen a potenciales malhechores. Además, *La Señorita* está cerrando los bares y hasta prohibiendo las fiestas chicha.

"Pero los vecinos son la pieza clave para mejorar la seguridad en el distrito", nos dice Betty Chamorro y elogia a los veinticinco comités vecinales que hacen patrullaje mixto junto con la Policía. A pesar de la buena colaboración que hay en Chilca entre la Policía y la municipalidad, la alcaldesa deja en claro quién, según ella, tiene la responsabilidad exclusiva de la seguridad ciudadana: la Policía Nacional del Perú. Este tema es como el "apestoso" del que todos se quieren deshacer: tener que rendir cuentas de una promesa bastante difícil de cumplir.

\*\*\*

Porque todos en Chilca –los policías, la alcaldesa, las Juntas Vecinales– saben, y lo dicen abiertamente, que un problema de fondo no radica en el trabajo de la Policía o el de la

municipalidad. Chilca es un distrito de extrema pobreza, con una alta tasa de desempleo, un escaso nivel cultural y mucha informalidad. Los jóvenes no tienen en qué emplear su tiempo, dónde reunirse o hacer su vida.

Se trata de un "problema macro" cuya solución escapa de lo que pueden hacer las autoridades y pobladores del distrito, y que va mucho más allá del hoy o mañana. Esto hace más admirable aún el que la gente, la Policía y la municipalidad superen el fatalismo de "un distrito pobre, un distrito inseguro", y empiecen a atacar el problema con acciones en el ámbito local: patrullajes mixtos, losas deportivas, parques alumbrados, Juntas Vecinales. Los indicadores dirán, con el tiempo, si estas y el nuevo pacto con la Policía han logrado reducir los índices de delincuencia.

Y tan importante como la eficiencia técnica es el efecto simbólico: uno no tiene que esperar a que otros (el Estado, el gobierno, etcétera) solucionen los problemas, y la Policía no siempre es la mala de la película. De esta manera poco a poco se pueden tejer nuevas leyendas urbanas en las cabezas de la gente. Lo último parece ser lo más difícil.

Cuando me despido de la coordinadora de las Juntas Vecinales y de la encargada de seguridad ciudadana de la municipalidad y les anuncio que me pasearé un rato sola por el barrio, las dos exclaman al unísono: "¡Pero ten cuidado: puede ser peligroso!". ■